

carne ensangrentada, es irremediable. No es muy temible que el enfermo escupa poco, porque hay muchos que sanan con pocos esputos. Para decidir en este caso de la suficiencia ó insuficiencia, se debe atender al estado de los demás accidentes, y à las evacuaciones que se hacen por sudor, curtos ù orinas.

8. No es malo que desde la primera sangria forme la sangre una costra blanca, y lo es si no aparece aun despues de la segunda. Los sudores que hay à los principios, si continúan en toda la carrera de la enfermedad, la hacen mas ligera y la abrevian. Las cosas proceden bien cuando en la noche no hay delirio, y el sueño franquea una ù otra hora de descanso. Si el pulso que antes era contraido se dilata àcia la terminacion, es señal saludable; al contrario si el que era dilatado se contrae y se hace pequeño. Cuanto mas fuerte y prolongado es el calosfrio que hay al principio, tanto mas grave es el mal. La diarrea que viene à los principios si es moderada es buena, y mejor si abunda en el tiempo de la crisis. Es de advertir, que aunque el segundo y tercero dia absolutamente considerados pertenezcan al principio, hay pleuresias que corren sus períodos con tanta rapidez, que deben estimarse como inmediatos à la crisis. Asi lo observé en una enferma propensa à flujos de sangre por la nariz, que contrajo la pleuresia por no haber ido al vaso à tiempo que la llamaba el vientre con ejecucion: esta desde el primer dia se soltó despues de una lavativa que se le puso: el flujo de vientre abundò al segundo dia, en que la vi por primera vez: al tercero en la noche se moderò la evacuacion por un sudor abundante que le sobrevino, y que puso término à la enfermedad.

9. Como muchas de estas enfermedades sean de las que corren sus tiempos con bastante celeridad, he visto que unas terminan al tercero dia, otras al quinto, otras al sexto, y otras al noveno: una sola he visto estenderse al once y otra al trece, se entiende que con riesgo de la vida, porque aunque ha habido algunas que se han alargado hasta dicho término, del sexto ò séptimo en adelante ya se ha perdido de vista el peligro. De personas muy fidedignas he sabido que la terminacion funesta en otros ha sido al segundo, tercero ò cuarto dia. El 18 del pasado mes de marzo, à las cinco de la tarde vi una pobre vieja, que con otra señora me dirigia en la visita de los enfermos de su casa. Despues de tomar razon de lo que se les habia de hacer, hizo que

la pulsara, porque habia cinco dias que sentia el cuerpo muy adolorido, y el pulmon y pecho con mucha opresion. El estado del pulso que era muy vivo y pequeño, me hizo reconocerla con especialísimo cuidado, y le noté alguna fatiga en la respiracion, y el semblante muy demudado. Le pregunté que si tenia tos y con ella algunos esputos, y me dijo que la tos no habia sido molesta, ni tampoco habia observado lo que escupia. Yo la consideré como la mas arriesgada de los enfermos que habia en la casa, que eran un niño de fiebre, y una criada de pulmonia agudísima, que terminó favorablemente al dia tercero, segun dije arriba, y por el tanto le ordené que inmediatamente recibiera el viático; pero como despues de esto solo duró tres ò cuatro horas, apenas tuvo lugar de confesarse.

10. Estas cosas manifiestan que la administracion de las medicinas debe hacerse sin pérdida de tiempo desde los primeros momentos del mal; y asi luego que cese el escalofrio debe sangrarse el enfermo del brazo que corresponde al lado del dolor, y sacarle de cuatro à seis onzas de sangre. Si despues de ocho ó diez horas continúa el dolor con la misma viveza que antes, se repetirá la sangria del otro brazo en la misma ó menos cantidad, à proporcion de la edad, temperamento y llenura de vasos del paciente. Pero si despues de la primera sangria los dolores se disminuyen, se esperará al dia siguiente para repetirla, operacion que esforzará la costra gruesa y blanca, que se encontrará sobre el cuajaron de la sangre que antes se estrajo rodeado de un suero amarillo. Lo agudo del dolor de cabeza, del costado ò pulmon, ò el sopor, suelen reclamar al tercero dia por tercera evacuacion de sangre, que se hará del brazo donde se hizo la primera. Con todo, al cuarto ò quinto dia suelen aun ser vehementes los dolores, y precisan à poner unas sanguijuelas en la espalda, ò en el costado atormentado, ò en ambos lugares, si ambos padecen, las que deben sacar de cuatro à cinco onzas de sangre. He visto que estas evacuaciones han bastado en los dolores mas agudos, pero pueden no faltar casos en que sea preciso proceder con mas liberalidad. Si las dos primeras sangrias hacen soportable el dolor, aflojan la tirantéz ò dureza del pulso, y minoran la fiebre, no hay necesidad de ordenar la tercera, aunque si las fuerzas son pocas, y urge la necesidad, se debe ocurrir à las sanguijuelas, que extraerán mas ò menos sangre, segun la tolerancia que haya en el enfermo. Es

tanta la precision de sacar sangre en estas dolencias, que el comun de los autores aprecia las sangrias como uno de los específicos que tiene la medicina para remediarlas. Lo cierto es, que administradas à tiempo suelen disipar el aparato pleurítico, y quando no, no solo influyen en la curacion actual facilitándola, y escusando la muerte, sino que preservan de apostemas y tises incurables, que pueden seguirse de su omision. Por tanto, si se hubiere perdido algun tiempo en sangrar al enfermo desde el principio, se debe practicar aunque sea al segundo ò tercero dia, compensando en algun modo la tardanza con hacer dos sangrias en las veinte y quatro horas.

11. Se lavaràn en agua caliente dos onzas de cebada, y despues herbiràn en seis cuartillos de agua hasta que rebiente el grano. Al fin del cocimiento se echarà un puñado de flor de sauco, y se apartarà del fuego: en estando frio se colarà por un cedazo, y de esta agua templada tomarà el enfermo medio cuartillo, ò mas à las once del dia, y otro à las cinco de la tarde, endulzado con jarabe de altea, y sin el jarabe siempre que quiera beber, como sea distante del alimento, que serà con este orden. A las cinco ò seis de la mañana tomarà una taza de atole; à las nueve otra de caldo colado por una servilleta; à las once la bebida; à la una del dia otra taza de caldo tambien colado; à las tres de la tarde otra de atole; à las cinco la bebida; à las nueve de la noche otra taza de atole ò almendrada, y en el resto de la noche toda la agua que quiera. Si la sed fuere muy crecida, puede entre dia tomar mas agua en los intervàlos que hay de alimento à medicamento, procurando que se acerquen mas à este, que no al atole ò al caldo.

12. Estos mismos intervalos deben aprovecharse, haciendo que el enfermo beba en ellos por cada vez un pozuelo de otro cocimiento ò pòsima que se harà de este modo. Semilla de linaza media onza, herbirà en un cuartillo de agua, y en los últimos herbos se le añadirà de raiz de orozuz machacada, y pasas quitado el hueso, de cada cosa el peso de dos reales: de flor de sauco é hisopo, de cada uno lo que se cogiere con cuatro dedos. Al apartarse de la lumbrera se tapanà, y se colarà por cedazo, estando todavia tibio, y se endulzarà con azucar candi. El lugar del dolor se frotarà con esta untura caliente. Ungüento de altea, tomada de Valencia é injundia humana, de cada uno media

onza, de esperma de ballena, y bàlsamo anodino, de cada cosa una dracma: mézclese todo.

13. Hasta aqui he propuesto parte del método que regularmente observo en estos males, resta añadir el particular que de veinte y seis enfermos, en quienes hasta ahora lo he practicado, solo me ha faltado en cinco, dos hombres y tres mugeres, sin entrar en el número otras dos, porque estas se me desgraciaron antes de establecer mi nueva práctica. Se hace reparable que los enfermos que ví en todo febrero, y la mayor parte de marzo, que serian unos trece; y que fueron el objeto de mis primeros experimentos, todos libertaron; las mugeres murieron el veinte y dos, veinte y cinco, y veinte y nueve de marzo despues, y à tiempo de unas lluvias que cayeron el veinte y uno y veinte y dos. Uno de los hombres de cincuenta y dos años murió de pulmonia, y dolor de costado el diez y seis de abril, y el trece de su enfermedad, inmediato à las heladas de que antes hablé. El otro de cincuenta años, y con los mismos accidentes, murió al octavo dia, y veinte y uno del mismo mes. Segun mi observacion mas hostiles han sido los dolores à las mugeres que à los hombres, porque de los veinte y seis los enfermos han sido ocho; y las demas mugeres. El método, pues, se reduce al *kermes mineral* y al *alcáfor*, dados en dosis competente. Por ahora prescindo de explicar lo enérgico y recomendable de su virtud, y el modo con que obran, porque esta instruccion nada importa à aquellos para quienes escribo. Su único interés es libertar la vida, y sea cual fuere el modo con que se consigue. En este número de enfermos he visto algunos que creí que perecian en breve tiempo, y à estos mismos, lleno de admiracion, los ví salir del peligro. Una fué una muger, que en mi concepto contaria sesenta años, y esta murió à los quince dias; pero por la misma duracion facilmente se deja ver que fué fuera de la jurisdiccion de la pleuropulmonia que tuvo, cuyo peligro, por lo comun, quando mas se estiende es hasta el catorce. Lo cierto es que la enfermedad en nuestro caso, como venia acompañada de accidentes muy violentos, terminó al octavo dia por esputos y evacuaciones abundantes, y que el nueve el esputo antes del ocho verdinegro, y despues amarillo, era ya enteramente blanco, no habia delirio, faltaba la fiebre, y solo continuaba la evacuacion. Tambien es cierto que el diez durmió la enferma toda la noche, y que el once no tuvo novedad;

pero el doce al medio día le entró nuevo escalofrío, se puso aletargada. (del mismo modo que cuando comenzó) el catorce se cargó de nuevo el pecho, y de este modo murió dicho día quince. Con que se puede decir, que lo que la desgracia fué la enfermedad que sobrevino de nuevo, y no la primera que ya no existía, y que cuando existió parecía insuperable. Creo que si presentara, así esta como las más de las observaciones que he hecho, y de que llevé y conservo un diario exacto, desde luego se vería que no hablo con exageración. Y aunque los estrechos límites á que se reduce este papel no me permiten hacerlo de todas, daré una sola para que se conozca la eficacia de las medicinas que propongo.

14. La tarde del domingo cinco de abril visité á un enfermo de treinta y seis años de edad, temperamento colérico, que desde los catorce años se había dado á caminar por todo el reino. Quince días antes de ponerse en cama se le observó el semblante pálido, y se quejó de ardores y dolor de pulmones. El día treinta y uno de marzo se lavó las manos, y creyendo que se aliviaba con la agua, se lavó también los brazos: el día lo pasó sin novedad, pero á las nueve de la noche le vino un recio escalofrío con dolor en la espalda y un costado, que lo obligó á retirarse á su casa, y al siguiente día solicitó su curación. El médico en este tiempo desempeñó su obligación, ministrándole varias medicinas muy oportunas, y entre ellas tres sangrias sucesivamente celebradas, según la necesidad; pero la enfermedad continuaba, como era preciso, haciendo cada día mayores progresos, y á los accidentes regulares que trae consigo, se agregó un hipo continuo, que según el informe contaba ya dos días de curación. Yo observé un pulso convulsivo, una lengua blanquecina, un esputo espeso, que al salir era de sangre viva, y á poco tiempo se ponía negra: una fatiga grande en la respiración por los movimientos opuestos de hipar y toser con frecuencia. Contemplando todas estas cosas, creí que si en algo pudiera hallarse remedio solo sería en la administración del kermes y el alcanfor, por tener el primero un crédito muy asentado en las enfermedades más graves de pecho, y el segundo á más de poseer una virtud disolvente y diaforetica, era muy oportuno para impedir la mortificación que ya comenzaba á dar indicios, así en el esputo, como en lo poco que se quejaba el enfermo de la fuerte impresión que debían hacerle en

el pecho los movimientos violentos y encontrados que había sufrido por tantas horas. Consideraba también lo poderoso de este medicamento para calmar los movimientos convulsivos, y también el delirio que se había notado en los días anteriores. Con esto me resolví á ordenar uno y otro medicamento, aunque con el temor de si su virtud llegaría á domar un enemigo auxiliado de fuerzas tan superiores. Efectivamente, di orden de que con prontitud tomara un papel de kermes, otro pasadas cuatro horas, otro á la madrugada, y otro á las once del día seis siguiente, y á cada hora una cucharada de una orchata alcanforada, y encima unos tragos de la misma.

15. Dicho día no volví hasta que fui requerido en la mañana, y en la tarde por segunda vez, dándoseme la plausible noticia de las mejoras del enfermo, y su resolución de no querer tomar otras medicinas que las que yo le determinara. Cuando hubiera faltado otro motivo bastaba á ejecutar mi condescendencia el deseo que luego tuve de explorar aquella pasmosa metamorfosis, dimanada de la eficacia de las medicinas, cuya cantidad habían disipado los interesados casi toda, creídos de que con esta diligencia acababan de asegurar la vida del enfermo. Yo lo ví casi á las mismas horas que la primera vez, y supe que á las once de la noche del día anterior se había retirado el hipo, y que en el decurso de ella solo una ú otra vez le había acometido ligeramente: que había dormido algunas horas, cosa que no habían observado en ninguna de las noches anteriores. El movimiento del pulso era pausado, como en el estado natural, si se notaba intermitente á cada cuarto golpe, lo que indicaba la diarrea que estaba habiendo, aunque moderada de un humor de color de azarán. El esputo salía blanco, abundante, de buena consistencia, y con pocos rasgos de sangre florida, que conservaba el color. A las seis de la mañana de dicho día sexto, después de preceder un delirio fuerte sudó con abundancia, y tanto el delirio como el sudor profuso repitió á las diez y media. No es mucho que una mutación tan inesperada por favorable, obligara á decir, que *el enfermo se había vuelto de la mitad del camino*; pero yo creo que había retraído el pie de los umbrales de la muerte; porque según concebí la tarde anterior que lo visité, no sobrevivía veinte y cuatro horas, y parece que el cómputo no salía malo, porque los males agudos se juzgan en los mismos días en que muere ó sana el

enfermo. El mio en medio de estas ventajas se quejaba de dolores molestísimos en todo el cuerpo, y de otro muy agudo en la mitad del pecho, que le impedía toser y suspirar con desahogo, por el tanto, à mas de otras cosas, continuò con las cucharadas de orchata, y en la tarde y madrugada del dia siguiente con otro papel. A las once de la noche repitiò el hipo, pero durò poco, y durmiò bien las horas restantes. El siete à las seis de la mañana despertò trasudando, pero con un delirio furioso, el pulso era frecuente, dilatado, y bispulsante, la lengua poco sucia, el esputo abundante, blanco, y con poca sangre, la orina encendida con una columna ligera en medio que cogia desde la superficie hasta el fondo del vaso, faltaba la evacuacion. Tomaba cuatro papeles en un cordial en las veinte y cuatro horas, y la orchata à cucharadas, à que se agregaron unas plantillas estimulantes, una lavativa, un sorbetorio emoliente, y unos pichones abiertos por enmedio al cerebro y al pecho, con cuyos socorros se retirò el delirio à las once de la mañana, y el enfermo al medio dia pedia de comer con bastante instancia. El sorbetorio le facilitò la salida à unas gotas de sangre por la nariz, y la noche la durmiò toda. El ocho el pulso era algo frecuente, dilatado, intermitente à las cuatro pulsaciones, y conservaba lo dicho con mas claridad en la muñeca derecha, lo que me hizo esperar mas sangre por la ventana de la nariz de este lado: habia trasudor, y una evacuacion como las anteriores, y el esputo estaba en corriente sin sangre alguna: durmiò toda la noche, y solo tomò en el dia dos papeles, y las cucharadas con mas distancias. El nueve en vez de la sangre amaneciò algo inflamada la nariz, y el enfermo entrò en convalecencia.

16. El kermes lo dispongo en esta forma: *se tomarà de raiz de lirios de Florencia, y de ojos de cangrejo, de cada cosa un escrúpulo, de kermes mineral seis granos. Reduzcase todo à polvos muy sutiles, y hàganse seis partes iguales.* El alcanfor de esta manera: *se tomaràn diez almendras sin cáscara, y medio escrúpulo de alcanfor; se moleràn juntos en mortero de mármol, echando à pausas cuatro onzas de agua de sauco: despues se colará esta orchata por cedazo y se endulzará con azucar candi.*

17. **S**i la pulmonia ò el dolor de costado (que en uno y otro caso son adaptables estos remedios) no son muy agudos, ni acompañados de accidentes graves, bastará usar de la bebida número once, y en una cucharada de ella un papel à la mañana, y otro à la tarde número diez y seis, sin omitir el pozuelo de pòsima descrita número doce, ni la untura al dolor indicada en el mismo número. Y si para desprenderse el esputo costare especial trabajo, se tomarà cada dos horas una cucharada de la orchata número diez y seis. Este règimen observado con constancia hasta el fin del mal es bastante à libertar al enfermo, supuestas las evacuaciones de sangre que se proponen en el número diez. Si la evacuacion del vientre falta, ò anda escasa, se usará de lavativas hechas con un cocimiento de malvas frescas, una libra de azucar y seis cucharadas de aceite de almendras: ò bien del cocimiento de malvas, dos onzas de miel de caña, que es la corriente, y media mantequilla. Despues que la calentura se haya retirado, para que acabe de limpiarse completamente el pulmon, se continuará un solo papel al dia, hasta que se observe que los esputos salen blancos, de buena consistencia, y en corta cantidad, y que el dolor es poco, y la respiracion se hace sin fatiga. En estos términos se purgarà el enfermo à proporcion de sus fuerzas, con dos y media, ò con dos onzas de manà desleidas en cuatro onzas de agua caliente de la comun, y coladas por un lienzo ralo se les mezclarà el peso de un real de cremor de tartaro, guardando el règimen de purga que todos saben. He visto determinar el purgante luego que se acaba la calentura; pero es necesario considerar que el esputo no se acaba, sino que continúa por algunos dias, y que éste debe apreciarse como una evacuacion crítica determinada por la naturaleza para acabar de descargarse del material que resta en los pulmones, con que el perturbar ésta con un movimiento inverso será interrumpir sus loables esfuerzos. Desde el tercero dia de la purga comenará el enfermo à tomar à las once del dia una taza caldera de leche de bacca, con otro tanto de un cocimiento de avena endulzado con azucar, y esta misma cantidad repetirà à las seis de la tarde, operacion que debe continuarse por quince ò veinte dias, como no haya cosa que lo estorve.

18. Pero si los esputos son muy escasos, si por su espe-

*